

# CONFERENCIA

## La complejidad identitaria en la poesía francoantillana<sup>1</sup>

Celso Medina

Universidad Pedagógica Experimental Libertador  
medinacelso@gmail.com

Las Antillas franco parlantes están constituidas por el archipiélago de Guadalupe, Martinica y Haití. Territorios de ocho millones de habitantes, siete de ellos corresponden a Haití, y los demás a las otras islas menores, convertidas desde 1946 en Departamentos de Ultramar de Francia. Dos lenguas se hablan en esa zona: el francés y el creole. El primero llega a estas tierras, según Raphael Confiant "... en 1625 provenientes de casi todas las provincias del Nor-Oeste de Francia y hablaban dialectos del oïl". Por ello, "se comprende entonces que esos colonos no podían imponer a los esclavos africanos, transportados a las Américas para cortar la caña de azúcar, una lengua que no existía aún" (1989:198).

El creole es el idioma que los esclavos se ven obligados a inventar, es "una lengua nacida del seno de la peor de las infamias, la esclavitud de los negros, lengua marcada desde su nacimiento con el sello de la indignidad y de la miseria" (2003:199).

Esas Antillas son espacios donde la identidad nada en ricas complejidades. Dos elementos los emparentan: la insularidad y el haber sido escenario de la puesta en práctica uno de los peores experimentos de la modernidad, la economía de plantación, cuyo sustento esencial fue la esclavitud. En estos territorios, se cumplió a cabalidad lo que Eduardo Subirats llamó el vaciamiento de un continente, para luego llenarlo de gente esclavizada, no sin antes cosificarla convirtiéndola en simples piezas de sus industrias azucareras y de especias. Es allí donde los africanos se convierten en "negros" (según Depestre). Se da la peor de las paradojas: para sazonar y endulzar las comidas de Europa se recurrió al peor de los acíbares, amargar la existencia de millones de hombres que fueron acarreados como esclavos para plantarlos en espacios absolutamente disímiles al de sus tierras de origen. Pero antes, en las tierras americanas descubiertas se procedió a exterminar las poblaciones indígenas que habitaban en ella, a los taínos, arawacos y caribes. En razón de lo relatado anteriormente, las Antillas se convirtieron en una geografía habitada por hombres desarraigados, babelizados, provenientes de diversas culturas de la África subsahariana que tenían diversas lenguas y diversas cosmologías. Como era una población para esclavizar, el número de varones fue inmensamente superior al de las mujeres, lo que generó serios problemas en la demografía y en la psiquis social de la población que históricamente se fue conformando.

El historiador Franklin W. Knight reporta que de 1700 a 1810 fueron transportados a las Antillas francesas un millón trescientos esclavos negros, lo que equivalía al 22,3 por ciento del total de los esclavos traídos a América. Un fenómeno que pone en evidencia la crueldad de este proceso, es el comportamiento demográfico de esa región. Afirma el referido historiador que "Saint-Domingue (lo que hoy es Haití) importó más de 800 mil esclavos en el curso del siglo XVIII, y, no obstante, la población de negros no sobrepasaba los 480 mil en 1790, en vísperas de la revolución liderizada por Toussaint Louverture, que concluiría en la independencia definitiva de Haití en 1804.

El poeta haitiano René Depestre (1986) sostiene que es en América donde la discriminación y el racismo se pigmentizan. "Antes de la aventura de la trata negrera y de la colonización, la palabra negro no existía" (26). La denominación negro es, entonces, el producto de una perversa semiología somática, que la moral de una etapa tenebrosa del capitalismo, que amparado en una mistificación sazonada de una cínica religiosidad, reificó al negro africano, creando una negrofagia que le permitió capitalizar sus riquezas a costa de una mano de obra absolutamente gratuita. Como la afirma Frantz Fanon, "El blanco está encerrado en su blancura" (31). Y desde ese encierro, produjo prácticamente un Frankenstein social y cultural.

Las tres regiones que hemos delimitado tienen historias distintas. Haití, por ejemplo, logró su independencia primero que toda la América Latina, casi al mismo tiempo que Estados Unidos. Pero su vida republicana ha sido muy traumática; solo fue reconocida por Europa en 1882, setenta y ocho años después de independizarse. Sus habitantes viven en una problemática diglosia: una parte inmensa de su población habla el creole; se mantiene en altos niveles de analfabetismo y otra minoría habla francés. Contemporáneamente es afectada por una diáspora hacia Estados Unidos. Y si antes, el francés tenía serios problemas para imponerse en la población haitiana, ahora esta lengua está seriamente amenazada por el inglés. Terremotos, ciclones y otras calamidades naturales se vienen uniendo a su problemática social, profundizada por crueles dictaduras, la más prominente fue la de los Duvalier, para hacer de Haití uno de los países más pobres de América.

<sup>1</sup> Conferenciada celebrada en la ciudad de Martinica, el 8 de julio de 2015, bajo el auspicio del Consulado de Venezuela en Martinica.

En el caso del archipiélago de Guadalupe y de Martinica, su lucha por la independencia se fue atenuando, hasta que en 1945 esas regiones pasaron a ser asimiladas a Francia, junto con la Guayana, convertidas en Departamentos de Ultramar, adquiriendo todos los derechos de ciudadanía de los franceses. Ya no son la poderosa factoría azucarera, cacaotera, cafetalera o productora de especies del siglo XIX, y su economía resulta altamente dependiente del gobierno central francés.

Parece muy pertinente la frase de Michel Foucault de que ningún poder se impone de manera absoluta, siempre deja hendiduras por la cual sus dominados reaccionen y creen sus espacios de impugnación. A través de una lengua, la más joven del mundo, el Creole, los negros antillanos protagonizaron sus primeras cimarronerías, sus huidas del poder dominante de sus esclavistas. La impronta lingüística africana, el francés “incipiente” de los primeros colonos, los restos de las lenguas caribeñas, arawacas y taina han servido para darle cuerpo a los que los escritores Raphael Confiant, Patrick Chamoiseau y Jean Bernardé llaman la Criollidad; es decir, una cultura que tiene como sustento ese nuevo idioma creado por los antiguos esclavos.

En cuanto a la religiosidad, esa reacción consistió esencialmente en transformar el santoral católico en el vehículo por donde circulan los dioses traídos de la África Subsahariana. Michelle Ascencio (2007) afirma que esas religiones nacieron en el miedo. Pero desde ese miedo, los esclavizados africanos supieron reconstituir una religiosidad que tiene un sello muy particular, y que, según la investigadora citada “ya no pueden, hoy, día, definirse estrictamente como afroamericanas” (36).

En el marco de este apretado resumen de la particularidad histórica de Las Antillas, queremos interrogar a los escritores de esa región. Esa interrogación la generaremos auscultando en sus escritos, en especial sus poemas y ensayos, los signos que nos ofrezcan pistas para adentrarnos al complejo identitario antillano. Nuestra óptica estará centrada en la poesía y en los poetas. Para este propósito, quisiera reproducir aquí estas interrogantes del escritor haitiano Émile Olliver: “¿Dónde estamos cuando escribimos? ¿En qué mundo? ¿Desde dónde habla nuestra voz? ¿En cuál lengua?” (2003:2002. Procuremos ver cómo responden los escritores, en especial los poetas, a esas preguntas.

En 1928 el prestigioso etnógrafo haitiano Jean Price-Mars publica su libro *Así habla el tío (Ainsi parla l'oncle)*, en el que fija posición en torno a lo que denominó el “bovarismo” de los intelectuales haitianos, que bien puede ser atribuido a todos los intelectuales antillanos. Es importante transcribir textualmente lo que se entiende por bovarismo: “la facultad que se atribuye una sociedad de concebir al otro como lo que no es” (1965:10). En esa mirada positiva del “otro”, va implícita una subestimación de lo propio. “... por una lógica implacable, en la medida en que nos esforzamos por creernos franceses “coloreados, nos despreciamos en el ser haitianos” (ídem). El referido libro abrió un camino hacia lo que sería una línea capital en el proceso de discusión identitaria de los antillanos.

Antes de ese libro de Price-Mars habría que considerar la obra de René Maran, a quien se le señala una visión más universal del negro. En el prefacio de su novela *Batouala* (1921) escribe estas frases, que le valieron serios problemas con el gobierno francés, en el que trabaja en funciones diplomáticas:

Construiste tu reino sobre cadáveres. Desees lo que deseas, hagas lo que hagas, tú siempre estarás en la mentira.  
(...) Tú no eras una llama, sino un incendio. Todo lo que tocas, lo consumes.

La problemática identitaria está permanentemente constelando la creación poética francoantillana. Esa identidad tiene varios elementos, los más importantes son: el vínculo con África, la relación con el francés, el asunto de la insularidad, el creole, la definición de lo antillano, y adentrado el siglo XX la relación con Europa y Estados Unidos.

Paradójicamente, es en París donde la discusión sobre la negritud y la relación con África se intensifica, cuando se edita en 1934 el periódico *El estudiante negro (L'étudiant noir)*, que logra reunir a poetas de África, Las Antillas y Guyana, que tendrían un enorme impacto en la poesía de sus regiones y del mundo. Allí participaron el guyanés Léon Gontra Damas, el guadalupeño Guy Tirolien y los senegaleses Birago Diop y Léopold Sédar Senghor, quien posteriormente sería el primer presidente democrático de su país, Senegal, y poeta de muchísima ascendencia en el África Subsahariana. Uno de sus líderes fundamentales fue el poeta martiniqueño Aimé Césaire, autor del término “Negritud” que tuvo una inusitada onda expansiva en la poesía antillana y americana.

Césaire le confiesa al poeta haitiano René Depestre la trascendencia del encuentro Senghor y la fundación del citado periódico. Recordando las preocupaciones de Price Mars y de Maran, se muestra contra la asimilación “en la que el negro se avergonzaba de su condición” (...) y sostiene:

Y me pareció que la primera cosa que había que hacer si se quería afirmar esta identificación, esta identidad, era tomar conciencia concretamente de lo que se es, es decir, del hecho primero, que se es negro, que nosotros éramos negros, que teníamos un pasado, y este pasado comportaba elementos culturales que habían sido muy valiosos... (1985:59).

Esa visión del poeta martiniqueño está siempre presente en su poesía, fundamentalmente en su más importante poema *Cuadernos de un retorno al país natal*, publicado en 1939. El poema en cuestión es un dictorio contra la cultura europea. “Vete (...) mal amuleto, chinche de fraiuloco”, dice en sus inicios. Pero lo es también un homenaje a los africanos originarios de las Antillas transplantados como esclavos a esas regiones, a quienes historiza insertándolos en el relato del facismo que Césaire vió en la Europa donde hizo sus estudios universitarios. Es clave para entender esa historización este pasaje de su *Cabier...*:

Partir

El hombre –hambre, el hombre insulto, el hombre-tortura se podía en cualquier momento agarrarlo molerlo a

golpes, matarlo- perfectamente matarlo- sin tener que rendir cuentas a nadie sin tener que dar excusas a nadie  
Un hombre-judío  
Un hombre-pogrom  
Un perrillo  
Un mendigo

Ese poema despliega una estética con la que, bebiendo de la tradición europea (sobre todo de los surrealistas y simbolistas), urde una implacable requisitoria contra la cultura europea.

Igual sentimiento observamos en un poema del poeta guadalupense Paul Nizer (1917-1962), titulado “No amo a África”. En este texto hay una inclinación por “una tierra donde los hombres sean hombres/y no lobos/y no despojos/y no serpientes/y no camaleones”. Esa África, que no vive solo en África, sino también en la diáspora de las Antillas, la avizora luminosa, por lo que prevé: “Un continente que se conmueve, una raza que despierta/todo un ritmo nuevo...” que “va a taladrar el mundo”, “una cabeza erguida va a provocar el trueno”. Otro poeta guadalupense, Guy Tirolien (1917- 1988) escribirá su “Oración de un niño negro”, que concluirá con la rebelión de un infante, despreciando la educación de los blancos porque desconfía de esos hombres: “Que no saben bailar en la tarde de clara luna/Que no saben caminar sobre la carne de sus pies/Que no saben contar los cuentos, en la vigilia”. Por ello, el personaje niño se dirige a su amo, diciéndole: “Señor, no quiero ir a su escuela”.

Esos dictérios no iban solo dirigidos a la Europa. Ya en la primera década del siglo XX Estados Unidos asomaba su sello imperial, manipulando las dictaduras que ahogan el ejercicio de la libertad en los pueblos americanos. Masillon Coicou (1967-1908), poeta fusilado por la dictadura haitiana de Nord Alexis, en 1908, escribió el poema “Yanquismo”, donde dice:

Es necesario el oro, - o nada- para ser, - o no ser,  
Times es money. El crimen también.  
O ignoremos el bien; enredemos el honor;  
Es por el mal que vencemos.

Frente a esa visión vindicadora y exaltadora de los orígenes africanos y el concepto de negritud, habrá posiciones que alertan sobre una posible mistificación del elemento negro. Depestre en su ensayo “Buenos días y adiós a la negritud”, cuestiona el negrismo como movimiento romántico que hace del negro un tópico. Se inclina por una visión no racista del problema y por una perspectiva más dialéctica, que ubique la explotación del negro africano como un fenómeno fundamentalmente de explotación capitalista. Opta por “desracializar las relaciones sociales”, y considerar la esclavitud como “una superestructura congénita del capitalismo” (1985: 25). En su poema “Autorretrato en otoño”, esa visión política encuentra una encarnación estética, que difiere del carácter dictérico de los poetas que le anteceden (Coicou, Césaire, Nizer, Tirolien, entre otros). La figura del poeta se convierte en una especie de mesías que se potencia con el aliento de los ancestros africanos: “Hermano de los animales y de los árboles inocentes está en el poeta anunciar la nueva esperanza y la belleza rendirla en la marcha de los hombres”. La polifonía de este poema, permite la convocatoria de las deidades africanas para historizar la lucha del hombre contemporáneo: “Yo soy/ Atibón-Legba/Mi sombrero viene de la/Guinea”.

Las Antillas es un espacio de conglomerados diferenciales. Al ingrediente africano, indígena y europeo se le ha venido agregando migraciones hindúes, chinas y de otras procedencias. Es potente el sello de la cultura norteamericana en Haití. El Créole es una lengua que se ve impelida a conectarse con el francés, el inglés y las otras lenguas migratorias. Esa realidad ha llevado al poeta Edouard Glissant a hablar de culturas relacionales, bajo el lema de que “lo Mismo requiere el SER, lo Diverso establece la Relacion” (2005:226). Se trata de aceptar “lo diverso” como “diferencia consentida”. Hay un largo poema del martiniqueño, que metafóricamente ilustra su visión de la identidad. Se titula “Un campo de isla”. En una su estrofa dice: “Belleza de los tiempos para un milagro/El tiempo que transcurre y espera/El tiempo que vuela es un ciclón/donde la ruta se dispersa”. Glissant piensa es un espacio universal, en el verdadero sentido de la palabra. Es decir, concibe unas Antillas bebiendo el rico veneno de los ancestros africanos y la vez, absorbiendo con la debida prudencia todo la creación que la historia le ha deparado, que ha servido para construir un perfil interno y una relación de tolerancia con lo que le viene de fuera. Por ello la idea de nación que maneja Glissant es un camino claro para entender su visión de la culturalidad relacional: “Yo llamo literatura nacional a la urgencia para cada uno de identificarse ante el mundo, o sea a la necesidad de no desaparecer del escenario mundial” (2005: 228). Nos recuerda una idea del filósofo italiano Gianni Vattimo, en “La sociedad mundial transparente”, en la que todas las culturas del mundo tomen la palabra de manera horizontal.

A esta discusión se suma el manifiesto denominado “Elogio a la criollidad”, suscrito por el lingüista Jean Bernabé y los narradores Patrick Chamoiseau y Raphael Confiant, de Martinica. En dicho texto se pronuncian por un lugar autónomo de la antillanidad, bajo le batuta lingüística de la lengua Creole. Señalan los autores que no son

Ni Europeos, ni africanos ni asiáticos: nosotros nos proclamamos Creoles. Llamarnos Creole será para nosotros una actitud interior; o más bien de vigilancia, o mejor aún, una especie de envoltura mental en medio de la cual se construirá nuestro mundo con plena conciencia del mundo () .

Ante esta posición, algunos teóricos de la literatura antillana alertan sobre un nuevo idealismo, que no sería sino otro concepto equivalente al negrismo que vino a ser superado por el mismo Césaire. En la revista *Tropique* de abril de 1941, el poeta

martiniqueño habla de puntos tendidos entre la antillanidad y el mundo : « Punto de ciudad. Punto de arte. Punto de poesía. Punto de civilización, la verdad, yo quiero decir esta proyección del hombre sobre el mundo » (p.5)

Ernstpeter Ruhe (2003) califica esa visión de « mitografía » y señala que « quien construye sobre el abismo está constantemente amenazado por el precipicio » (2003 : 180). El referido manifiesto más que un programa estético, es un proyecto surgido en momentos en que el Creole recibe serias amenazas de diluirse con la fuerza centripeta del francés, y en Haití con la insurgencia del inglés con motivo de la enorme diáspora que se dirige a Estados Unidos. Afirma el mismo documento que « La literatura antillana no existe todavía. Estamos aún en la preliteratura ». En una mesa redonda sobre la antillanidad, celebrada en el año 2003, Émile Ollivier confiesa : « Yo escribí en lengua francesa con la nítida sensación de que es urgente establecer conexiones de lo íntimo y de lo colectivo, de exhumar una memoria colectiva y de acoplar con los relatos de los viejos y de las viejas luchas colectivas » (2003 : 209). Pero luego se inclina por considerar el Creole y sostiene que el debate ha venido fundamentándose en torno al dilema de creolizar el francés o afrancesar el creole.

Los escritores antillanos, casi todos, se han formado en Europa. Ahora optan por la Canadá franco parlante y Estados Unidos. El creole ha experimentado un importante desarrollo como lengua literaria. Se editan novelas, poemarios, libros de ensayos, de historias con la finalidad de fortalecer un idioma muy joven, que necesita enriquecerse estableciendo canales idóneos con la escritura. Confiant tiene fe en su idioma antillano como productor de conceptos. Dice : « ... en creole, sí hay ideas ; pero ¿dónde están los intelectuales que han tomado el creole y que han construido conceptos ? El creole está a remolque conceptual de Francia » (216). De modo que escribir literatura en creole tiene esa misión : crear el conjunto de conceptos que sienten las bases de esa antillanidad. Pero con ello se corre el riesgo del aislamiento, de una identidad ombligocéntrica que podría privar a los otros de la rica y compleja literatura de Las Antillas.

En otra parte, hemos dicho que el hombre no nace en el mundo, sino en un espacio concreto, que tiene su historia singular. Pero ser singular absoluto en la modernidad es un imposible. Cuando leemos, por ejemplo, la novela *Gobernadores del rocío*, de Jacques Roumain, o algunos de sus poemas, nos es difícil separar al intelectual francés, del intelectual haitiano y del africano. ¿Qué podemos decir de estos versos : « Escuchas esas voces : cantan el amoroso dolor/y en el cerro, oyes ese tambor jadar/ como la garganta de una muchacha negra ». ¿Son la expresión de un intelectual universal que ha aprendido a pintar con palabras el terruño que le vio nacer ? ¿Es un exotismo hecho de un afectado negrista ?

Una rápida lectura de los poetas novisimos, nacidos en los sesenta o en los setenta, como Mireille Jean-Gilles y Nicole Cage-Florentine (Martinica), de Ernest Pepin y Lemy Lemme Coco, de Guadalupe o Stéphan Martelly y Iléus Papillon, de Haití nos da cuenta de una poesía que sin obviar su pasado traza líneas novedosas que contribuyen a hacer más problemática la idea de la identidad.

Ernest Pepin mantiene el hilo nostálgico y hace patente la geografía del archipiélago de Guadalupe. En el poema « Di-Le », patentizamos esa mirada : “que nosotros estamos en una boca repartida sobre siete islas/ como los siete colores de la semana”. Lemy Lemme Coco escribe un poemario en homenaje a los griols africanos, los invoca para que le ayuden a cantar a su espacio natal.

Jean-Gilles habla desde un espacio cotidiano, casi como los imaginistas ingleses, graficando el azogue de su condición de ciudadina. Cage-Florentine asume una voz de intimidad ; es su cuerpo, en vez de la isla, la fuente esencial de su preocupación poética. Vive el gusto de vivir por “El gusto de amar y de ser amada/El gusto de la sal sobre mi piel quemada/El gusto compartido de reír/Alrededor de un té humeante/La sed de ver crecer”.

Martelly vive la poesía como una condena ; sabe que callar es imposible, se pregunta « ¿cuándo llegará el silencio a mi boca ? », y su respuesta se llena de una agria postura existencial : « !Las cosas que diría si supiera hablar ! ». Papillon sueña con un país vivo, « Con una canción/para reverdecer el país ». Con énfasis su poesía grita : ¡Hay que salvar la naturaleza/¡Hay que salvar Haití !/¡Hay que salvar el mundo ! ».

Habría que detenerse en la idea de país que circula en estos poemas. Una nación que Pepin define con claridad : «un país simple como un buen día”.

La multiplicidad de temas y formas poéticas se encuentra de igual manera en poetas de otras generaciones. En Franékienn, por ejemplo, el poema es ostensiblemente oral, y su propósito es fundir su francés con el creole, para generar una lectura bien compleja.

#### Referencias

- Ascencio, Michel (2007). *Las diosas del Caribe*. Caracas: Editorial Alfa.
- Chamoiseau, Patrick, Rafael Confiant y Jean Bernabe(1989). *Eloges de la créolité*. París: Gallimard.
- Depestre, René. (1980). *Bonjour et Adieu à la Négritude* Paris: Robert Laffont .
- Ernstpeter, Ruhe (2003). “Batir sur des brumes de memoires”. Raphael Confiant et Patrick Chamoiseau mythographes de la créolité. En: *Cahiers de l'Association internationale des études francaises*, N° 55. PP. 179- 194.
- Fanon, Franz (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Editorial Abraxas.
- Glissant, Edouard.(1997) *El discurso antillano*. Caracas: Monte Avila.
- Knight, Franklin. *The disintegration or the Caribbean Slave Systems, 1772-1886*. París: Unesco.
- Price-Mars, Jean (1935). *Ainsi parla l'oncle. Essais d'ethnographie*. Nueva York: Parapsychology Foundation.